

> CATÁSTROFE ENTRE LA MISERIA / La respuesta internacional

EEUU envía aviones y barcos militares a Haití

Obama promete un «esfuerzo agresivo» para ayudar a la población afectada

CARLOS FRESNEDA / Nueva York
Corresponsal

Estados Unidos puso ayer en alerta a todas sus bases en la costa este y ordenó el envío a Haití de aviones militares C-130 Hercules, del portaaviones US Carl Vincent y de un hospital flotante de la Marina (el USNS Comfort, presto a zarpar desde el puerto de Baltimore). El presidente Obama prometió entre tanto «un esfuerzo agresivo» para socorrer a la población, mientras la secretaria de Estado Hillary Clinton anticipó la «asistencia civil y militar».

El almirante Mike Mullen, jefe de la Junta de Estado Mayor, convocó una reunión de urgencia para evaluar la situación y estudiar la partici-

pación del Pentágono, que no descarta el envío de fuerzas de tierra para labores de rescate y vigilancia, tras los estragos en la Misión de Estabilización de la ONU (Minustah).

El general Douglas Fraser, al frente del Comando Sur, aseguró que EEUU está «considerando seriamente» el envío de tropas de tierra. Fraser confirmó la llegada del portaaviones, de varios buques guardacostas y, posiblemente, un primer barco anfíbio con 2.000 marines a bordo. El Ejército de Tierra puso por su parte en alerta a 3.500 soldados.

«La gente de Haití tendrá el apoyo de EEUU en el urgente esfuerzo para rescatar a los que están atrapados entre los escombros y proporcionar



Un miembro de un equipo de rescate, a punto de salir hacia Haití. / AP

la asistencia humanitaria, la comida, el agua y las medicinas que los haitianos necesitarán en los próximos días», dijo el presidente Obama, al anunciar el envío de la «avanzadilla civil», procedente de Florida, Virginia y California. Obama puso al frente de la «fuerza de choque» al administrador de la Agencia Internacional de Desarrollo, Rajiv Shah.

Bill Clinton, en el papel de enviado especial de la ONU para Haití, se

volcó en los preparativos y no descartó viajar mientras Hillary alteró su programa en Honolulu para garantizar la «asistencia total».

Estados Unidos, que ocupó el devastado país caribeño entre 1915 y 1934, arrojó durante décadas las sucesivas dictaduras y jugó un papel fundamental en el derrocamiento, regreso y exilio forzoso del ex presidente Aristide. Pese al acercamiento auspiciado por Bill

Clinton (criticado ahora como el nuevo *governador colonial*), el resentimiento del país más rico de América sigue latente con los años, como siguen la corrupción rampante y la violencia callejera.

Ocho de cada 10 haitianos viven por debajo del nivel de la pobreza, y las políticas auspiciadas por el Banco Mundial (que hundió la producción de arroz para abrir paso a las exportaciones norteamericanas) han servido para perpetuar la miseria, la deforestación y el colapso en un país que navega a la deriva desde que se independizó de Francia en 1804.

El poderoso vínculo con EEUU se ha reforzado ahora entre los recodos humeantes del brutal seísmo. Unos 45.000 estadounidenses viven en Haití; la mayoría en colonias amuralladas y protegidas de la miseria circundante. Un millón de inmigrantes (la *jaspora*) forman entre tanto la nutrida comunidad local de haitianos, repartidos entre los arrabales de Nueva York y Florida, a donde llegó ayer la onda expansiva y emocional del terremoto.



Grupos de haitianos reaccionan con sorpresa y desesperación al conocer las consecuencias del terremoto en las cercanías de Puerto Príncipe. / CRIS BIERRENBACH / AP

Que sepan que existe

EDUARD PUNSET

Acababa de morir el dictador Papa-Doc, que había devuelto cierto nivel de dignidad a los negros frente a los mulatos, dueños del país hasta entonces. La mansión o residencia en Petionville, barrio privilegiado en la montaña que desciende hasta Puerto Príncipe, la capital de Haití, se la alquiló lógicamente a un hacendado mulato, pero mis supuestas competencias en política monetaria —como recién nombrado Representante Permanente del Fondo Monetario Internacional en el Caribe— iba a compartirlas con un negro, Antonio André, gobernador del Banco Central, emisor de la gourda, la moneda nacional. Eran los comienzos de la década de los 70.

Haití era el país más atrasado del mundo —seguramente lo sigue siendo, a pesar de aquellos esfuerzos iniciales y algunos de los que le han seguido—, pero en muy pocos he-

aprendido tanto. Antes de inaugurar allí mi residencia de tres años, yo estaba convencido de la importancia de la ciencia y la tecnología; en otras palabras, que el ritmo de los cambios técnicos era más rápido y duradero que los cambios mentales. En Haití descubrí que aquellos podían palidecer y hasta desvanecerse bajo el influjo de la cultura vudú.

Hoy soy mucho más precavido cuando los expertos me hablan de cambios culturales trascendentales y soy consciente de que el móvil y las resonancias magnéticas funcionales del siglo XX conviven no sólo en Haití, sino también en España, con mentalidades como el machismo, más típicas de la Edad Media. Fue la mía una generación marcada por los avatares y la disciplina de la post-guerra. Había que reinventar la Historia y volver a aprender a sobrevivir; esto pasaba por esfor-

zarse y trabajar mucho, relegando la diversión y el conocimiento de cosas que después descubrimos que eran esenciales: la buena cocina, el conocimiento del otro género, el arte y la música. Por favor, ya sé que los jóvenes saben poco de gestión emocional, pero quien quiera saber algo de esto que se olvide de la gente de mi generación: han descubierto justo ahora el cine, el teatro, la música, la belleza, la importancia de las relaciones humanas.

Bastaba con contemplar a Origènes, el *tonton-macoute* que me hacía de chófer, relacionarse con la gente, para descubrir que sabía menos política monetaria que yo, pero mil veces más de la química del amor y de las emociones humanas, del impacto del ritmo de la música y de la pintura naif en el alma naif. Desde entonces tengo una visión más equilibrada de la vida y del universo.

El ministro de Finanzas al que yo tenía que asesorar era licenciado por la Universidad de la Sorbona de París, pero también estaba casado con la diosa del amor Ezsrelé. El progreso, como la vida, descubrí en Haití, es un pro-

ceso complejo, cuyo impulso requiere algo más complicado que varios decretos o un simple cambio de Gobierno; se parece mucho más a un concierto con la sala atiborrada de gente, músicos avezados, un director de orquesta y ganas de pasarlo bien en lugar de sacrificar a gente.

Comparto el dolor de las víctimas del terremoto, algunas de las cuales habré conocido. Pero sé que ni a ellas ni a sus familiares les va a amedrentar o cambiar el destino un movimiento sísmico superior al 7 de la escala de Richter. Que el resto del mundo se dé por enterado de su existencia sí podría, en cambio, reorientar su vida: poner atención a lo que ocurre en aquel escenario, aprovechar los impulsos innatos para reformar los sistemas educativos, apoyar a los directivos de los procesos innovadores, disfrutar de los escenarios futuros en los que ellos también habrán participado.

Eduardo Punset es divulgador científico y fue Representante Permanente del FMI en el Caribe.